

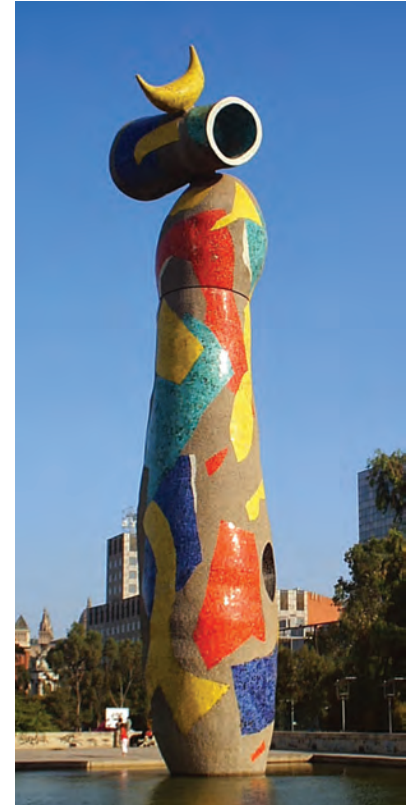
Introducción

Pintores ceramistas en el mundo

En el siglo XVIII se valoraba el trabajo de los artesanos, aunque no se lo equiparaba con el de los pintores. A estos se los consideraba artistas, mientras que los primeros no necesariamente tenían creatividad y sólo fabricaban objetos utilitarios. Más tarde el trabajo de los artesanos fue suplantado por la industria y los diseños de la cerámica quedaron a cargo de las fábricas. Pronto se notó que el cambio no había favorecido estéticamente al producto, lo que se hizo evidente en las exhibiciones internacionales.

Surgieron entonces movimientos modernistas como el de John Ruskin y William Morris en Inglaterra, que rescataban la labor artesanal y le daban importancia a los objetos cotidianos. Este movimiento trascendió a Alemania, Austria, Checoslovaquia y Francia, y en 1919 se fundó la Escuela de la Bauhaus en Weimar, Alemania. En Rusia, Vasili Kandinsky, Aleksandr Ródchenko y Kazimir Malevich crearon nuevos modelos para las fábricas de cerámica y participaron de la producción. Con esto se valorizó estéticamente a los artículos funcionales.

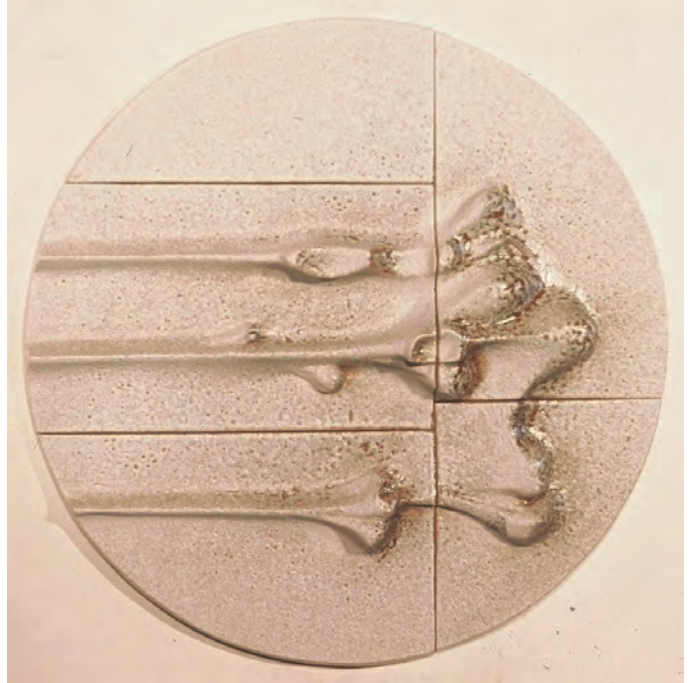
A principios del siglo XX también los pintores buscaron introducir cambios en sus obras, haciendo *collages* y dándoles un aspecto más táctil a sus cuadros, acercándose a la tercera dimensión. Lucio Fontana creó en 1930 la “cerámica abstracta”, un experimento que lo llevó luego al *Manifiesto Blanco* de 1946, en el que une sus ideas estéticas con la naturaleza, en la construcción de formas plásticas, movibles, de una imagen dinámica. La sensación que tiene de la arcilla le da un vínculo con la naturaleza, y usa la palabra “plástica” porque las formas en la arcilla son fácilmente



Joan Miró, *Mujer y pájaro*



Miró, Muro para la Exposición de Osaka, 1970





Mural en hall de entrada de edificio

Por aquellos años comenzó a exportar a Australia por intermedio de un argentino que vivía allá y que estaba buscando novedades argentinas. En 1978 este comerciante vino para ver el Mundial de Fútbol, lo buscó a Antonio y lo convenció de ir a trabajar allá. Le habló de la paz que se vivía en Australia y, aunque estaba trabajando muy bien, Antonio decidió irse con su mujer. Explica que él vivía en Villa Urquiza cerca de los cuarteles, todas las noches oía tiroteos, había mucha tensión en el clima, y eso lo decidió a irse.

Se fue en el año 1979, y al regresar dos años más tarde, se encontró con que el panorama de la cerámica había cambiado: no pudo vender un solo mural, y le extrañó muchísimo, ya que recuerda que cuando se fue había muchísimo trabajo. Antonio cuenta que los militares habían sacado un reglamento según el cual no se podía edificar en algunos lugares, y que fue a ver a los arquitectos más importantes, con quienes ya había trabajado, y todos le dijeron lo mismo: “Por ahora no tenemos obra”. Este hecho lo impulsó a hacer cacharros nuevamente, en un taller en Saavedra que comenzó a alquilar a su regreso de Australia, en el año 1981. Estuvo allí diez años, hasta que dejó de alquilar y compró otro taller, también en el barrio de Saavedra.

Haciendo un balance sobre su carrera, Antonio Molina opina que ha sido “buenísima”. Todos sus amigos son de la cerámica, y si bien el ámbito social nunca le interesó demasiado, toda la gente que conoció es del ambiente. Además, por supuesto, tiene las satisfacciones del trabajo hecho. Se siente muy agradecido por todo lo que ha recibido de la cerámica.

Nunca compartió talleres, a lo sumo fue un tiempo al de una amiga a la que ayudaba, pero no hacía obra propia. Y en cuanto a la enseñanza, aunque nunca enseñó formalmente, una vez ayudó a un chico con un esmalte y el chico sacó un premio. Cree Antonio que los ceramistas son ahora más generosos que antes para transmitir sus conocimientos, aunque sabe también que hay ceramistas que guardan para sí sus logros en esmaltes, y para eso, dice Antonio, “es mejor no dar clases”. Siente que hizo su aporte al haberle dado otro lugar a la cerámica, para la gente, en los murales que están en la calle, porque “la pintura, la escultura, si no va a los coleccionistas o a los museos, se pierde”. En el año 2002 recibió el Gran Premio de Honor en el Salón Nacional de Cerámica.



Panel, gres esmaltado, Gran Premio de Honor del Salón Nacional de Cerámica, 2002